

Una mañana muy temprano Elio y Elia se ponen a hablar por primera vez en el jardín del edificio donde viven y se sorprenden de no haberse conocido antes.

Elio la invita a desayunar. Suben a su coche y, conduciendo prudentemente, la lleva hasta el aparcamiento de un supermercado que está abriendo sus puertas en ese momento. Elia se sorprende de que Elio, en lugar de llevarla a un café, la lleve a comprar cosas para desayunar, pero no dice nada aunque se pregunta dónde habrá pensado él que van a tomar el desayuno que piensa comprar. Entran en el supermercado y, cuando Elio está eligiendo cosas, se da cuenta de que Elia está un poco incómoda y piensa que quizás todo esto le parece extraño, entonces le pregunta que si tiene otra sugerencia, reconociendo de paso que quizás se lo ha preguntado un poco tarde. Elia le contesta que podrían dejar la compra para otro momento e ir a desayunar a una cafetería. Elio está de acuerdo y salen sin comprar nada.

Elio la lleva a un local que en la puerta pone café-restaurante. El camarero se acerca a ellos cuando entran y de pie junto a la puerta les muestra la carta y les pregunta qué van a tomar. A Elia le parece que esa no es la manera habitual. Elio le dice al camarero que quieren desayunar. El camarero les sugiere que tomen carne con patatas. Elia dice inmediatamente que ella no quiere desayunar eso. El camarero insiste diciéndoles que todo el mundo está desayunando carne con patatas. Elio dice que está bien, que él desayunará eso y acepta cuando el camarero le propone acomodarlo en una mesa. Elia se sorprende de que Elio, sin pensarlo dos veces, haya echado a andar detrás del camarero sin esperarla ni preguntarle si está de acuerdo.

El camarero entra en el comedor, que prácticamente está vacío, caminando delante de Elio. Todas las mesas vacías están agrupadas a un lado de la sala y son de color rojo, redondas y diminutas, individuales, donde solo cabe el plato de una persona. El camarero le pide a Elio que elija una silla y que le siga y, acto seguido, levanta diligentemente una mesa vacía que estaba a su lado y llevándola en volandas delante de él, guía a Elio, cruzando en diagonal la sala vacía, hasta la esquina más alejada del comedor y allí deposita la mesa, poniéndola pegada a las únicas dos mesas que están ocupadas, cada una por un caballero que está desayunando carne con patatas en su mesa individual, y tan cerca de la pared que casi no pueden respirar. Todo el mobiliario parece tan frágil y ligero que parece que se fuera a romper en cualquier momento. El camarero acerca su mesa hasta que topa con las de los otros dos comensales de manera que los tres están sentados delante de sus mesas haciendo un triángulo y ocupando poco más de un metro cuadrado, muy apretados en una esquina del comedor vacío. Elio coloca la silla que ha traído y se sienta a la mesa que el camarero acaba de disponer para él. Los tres hombres ahora están sentados tan cerca los unos de los otros que parece que no tienen más remedio que entablar conversación, así es que empiezan a hablar de cosas intrascendentes mientras Elio, que parece que se ha olvidado de Elia, espera a que le traigan su desayuno. Elia aparece detrás de Elio, también acompañada por el camarero, que le acomoda una mesa y la sitúa igual de pegada a las otras mesas, solo que la silla de Elia y la de Elio, para poder encajar apretujadas contra la esquina del comedor vacío, quedan casi de

espaldas una de otra. Él, muy educadamente, le comenta a ella, —¡Ah! Has venido. Estupendo— y sigue hablando con los otros dos caballeros. Por fin le traen su plato de carne con patatas y Elio comienza a comer sin mirar a nadie. Elia a su lado le susurra —¿Por qué haces todo lo que te dicen?—. Él finge no escucharle y sigue comiendo y hablando con los dos caballeros vecinos. Un instante después el camarero pone un plato de carne con patatas frente a Elia y se vuelve a marchar. Entonces ella por primera vez escuchó las risas. Lejanas. Volvió a inclinarse hacia Elio y le susurró —¿No escuchas cómo se ríen? Se ríen de ti. Se ríen de nosotros—. En ese momento entró el camarero otra vez en el comedor, esta vez acompañado de otros camareros vestidos igual que él y seguidos por un bullicioso grupo de gente que se fue sentando en otras mesas diminutas que iban trayendo más camareros y en un momento el comedor estaba abarrotado de camareros y clientes, mesas y sillas, y el ruido era fenomenal. Elia se levantó de la silla haciendo ademán de salir pero la última mesa ya estaba instalada y la gente estaba sentada tan cerca de su silla que casi no le permitían mantenerse en pie junto a su mesa y mucho menos salir del comedor. Todos comían carne con patatas y hablaban con los otros comensales. Cuarenta personas sentadas en cuarenta mesas individuales de color rojo en treinta metros cuadrados. Elia tiró de la chaqueta de Elio para llamar su atención. Él se giró hacia ella mirándola como si no la conociera, exactamente igual como la miraron los dos hombres con los que Elio estaba hablando. Elia en ese momento lo odió por ignorarla y se le llenaron los ojos de lágrimas pero no lloró y se volvió a sentar en su silla, abatida, susurrando, —¿Es que no escuchas cómo se ríen? Se están riendo de nosotros—, pero como no podía hacer nada más, se resignó a esperar, atrapada, mirando hacia ambos lados, sin comer, esperando a que se vaciara el comedor de ese sitio de locos para poder salir.

Un rato después las luces se fueron apagando, el ruido amainó y los comensales se fueron levantando. Cada vez que alguien se levantaba y salía un camarero se llevaba, marchando detrás de él, su mesa individual y una de las luces del restaurante se apagaba. Elia por fin pudo separar su mesa y, poniéndose en pie, le dio a Elio un golpecito en el hombro para que se levantara, él entonces la miró, como reconociéndola, porque le dijo —¡Ah, eres tú!—. Ella tiró de la manga de la chaqueta de Elio con fuerza y le dijo, —Vámonos. No soporto más este sitio—. Elia cruzó la sala casi vacía y en penumbra con paso decidido, llevándose a Elio del brazo y, al llegar a la cortina roja que indicaba la salida, la apartó de un manotazo para salir del comedor. En el vestíbulo Elia se detuvo de golpe frente a él, lo miró con el ceño fruncido y, recriminándole su actitud, le dio un golpe en el hombro y le dijo —¿Por qué no me hacías caso?—, en voz muy alta. Él miró al suelo y dijo —Es que estaba escuchando el discurso—, justificándose. Elia volvió a tomarlo del brazo con un bufido y lo arrastró hacia la puerta de salida. Fuera hacía frío. Era de noche. Estaba oscuro. No había nadie. Estaban solos. Elio se quedó un momento quieto mirando alrededor, luego se giró hasta encontrarse con la mirada de Elia y mirándola con ojos desorbitados, como despertando, le dijo, —¿Qué hacemos aquí? Aquí no sé qué hay que hacer—. —Yo tampoco— dijo Elia, sin embargo a ella los ojos le brillaban, mientras escudriñaba alrededor, por encima del hombro de él. Luego, mirando hacia el edificio del que acababan de salir, le dijo —Ven— y tirando de su manga hizo que él la siguiera. Pasaron otra vez delante de la entrada del restaurante y, pegados al edificio como si estuviera lloviendo, lo rodearon. En la parte trasera Elia tiró de él hacia un recodo

oscuro que había en la construcción, en donde estaba semioculta una estrecha puerta metálica pintada de verde. Elia tanteó la puerta, que se abrió hacia adentro de golpe, y entró en una oscuridad total. Parecía ser habitación grande de paredes lisas. — Mantén la puerta abierta para que pueda ver algo. A ver si hay alguna luz por aquí—, le dijo Elia, y se internó tanteando la pared buscando un interruptor. Elio sujetaba la puerta un poco incómodo, sin traspasar el marco de la puerta. Elia siguió internándose hasta que lo escuchó forcejear y se volvió a mirarle. La silueta de Elio moviéndose en el marco de la puerta parecía ridícula. Era como una caricatura de una persona con el baile de San Vito. —¿Qué te pasa ahora?— le preguntó Elia, impaciente, desde la oscuridad —¿Que no puedo entrar!— le gritó él. —¿Cómo que no puedes entrar?—, preguntó ella volviendo sobre sus pasos. —¡No puedo pasar por la puerta! ¡Es como si un campo de fuerza me impidiera atravesarla!—. Elia le espetó —¡Quédate quieto ahí. Y deja de moverte, por lo que más quieras!— mientras caminaba hacia él con paso decidido. Al llegar a la puerta Elia se puso a su lado y, mirándolo de arriba abajo, vió algo que no había visto nunca antes en ninguna persona conocida. Iluminados por la luz de luna, de las manos, las rodillas, los hombros, del centro de la cabeza y de los zapatos de Elio salían, brillantes, unos hilos casi invisibles que ascendían hacia el cielo nocturno, hasta perderse en la oscuridad infinita. Elia se acercó más a él y, tomando uno de los hilos entre sus dedos, siguió su trayectoria hasta una de las manos de Elio, examinándolo con detenimiento. Elio entonces se quedó muy quieto, mirando al vacío, inexpresivo, como si nada de esto estuviera ocurriéndole a él. El hilo que bajaba del cielo aparentemente terminaba en su mano y estaba tenso, pero, mirando con más atención, se veía a ras de la piel, como clavada en la carne de su mano, una diminuta anilla metálica, a la que estaba anudado el larguísimo hilo que se perdía arriba, en la oscuridad de la noche. Elia estudió los otros hilos que llegaban a Elio y cada uno de ellos terminaba en sendas anillas que habían sido atornilladas concienzudamente bajo la piel de todas sus articulaciones. Elia instintivamente soltó la mano de él, horrorizada, y se miró sus propias manos, sus tobillos, sus rodillas y vió que ella también tenía los mismos ganchos de alambre doblados en forma de anilla, diminutos, atornillados bajo su piel, sin embargo —inmediatamente pensó—, ella no había tenido problema en traspasar el marco de la puerta e ir más allá. Entonces Elia se dió cuenta de que, a pesar de tener las mismas anillas hundidas en la carne, ellos dos no eran iguales. Ella no tenía hilos que la sujetaran.